

# Antecedentes y perspectivas de la integración Colombo-Venezolana

*Intervención improvisada del Doctor Miguel Angel Burelli Rivas, Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, al clausurar el encuentro de inversionistas "Colombia y Venezuela: Dos años de integración" Marzo 15 y 16 de 1994, Caracas.*

Señores Presidentes de las Cámaras de Comercio e Integración Colombo-Venezolana de Colombia y Venezuela, Señores Embajadores de Colombia en Venezuela y de Venezuela en Colombia, señores organizadores de este evento, antiguos presidentes de las Cámaras, queridos amigos:

Qué difícil es ser breve, como ustedes merecen, cuando borbotan en el corazón tantas emociones. Digo esto porque para mí es inevitable, al clausurar este acto, en nombre del señor Presidente de la República de Venezuela, mirar hacia atrás. Intervenciones anteriores en este foro señalaron que en la medida en que miramos hacia adelante caminamos mejor. Para mí es inevitable hablar de la historia de este encuentro y de su maravilloso éxito.

Por los comienzos de los años sesenta, un joven gerente del central de Ureña, central construida por el gobierno del General Pérez Jiménez como pago de una especie de promesa a su terruño, se dio cuenta de que estaba moliendo no más de cinco semanas al año y que tenía que pagar salarios todo el año. Se le ocurrió comprar caña del otro lado de la frontera para tener ocupados los obreros todo el año. Luego se le ocurrió pagarles la caña, mitad en dinero, mitad en azúcar y,

después, se le ocurrió poner una fábrica de alcoholes donde resultara más barato producirlos para los dos países. Luego se le ocurrió poner una fábrica de papel para no perder el bagazo, pero eso ya lo impidió el prejuicio...

Ese simple hecho despertó en mí la idea de la integración, que había leído en los orígenes europeos de la Comunidad del carbón y del acero. Se me disparó la fantasía —yo que no soy economista sino un poco soñador de la política— cuando me tocó la suerte de ser Embajador en Colombia. Entonces había en Colombia una fábrica llamada "Forjas de Colombia", en Bucaramanga. Producía piezas para vehículos que le comprábamos nosotros y le llegaba el arrabio de Venezuela, por Barranquilla. A mí se me ocurría que teniendo diecinueve ensambladoras de automóviles, en aquel momento, para producir cincuenta y nueve mil vehículos que demandaba Venezuela, y no teniendo Colombia ninguna ensambladora, lo lógico era que hiciéramos partes en "Forjas de Colombia", le mandáramos el arrabio por el Meta y produjéramos allá también los vehículos para Colombia; los enviáramos de Venezuela para Colombia con la consecuente ampliación del mercado.

También pensé que teniendo Venezuela algo que entonces era una

*delicateresse* para los colombianos, las conservas de pescado, con una experiencia de sesenta años, por qué no utilizábamos los pescadores de Riohacha, que eran casi en su totalidad margariteños, para llevar la tecnología de las conservas de pescado venezolana y ofrecer así un mercado más dilatado a esa experiencia.

Vi también que Colombia tenía un atraso en su desarrollo de infraestructura porque no había suficiente cemento. Hablé a los cementeros venezolanos y les propuse una planta de cemento en Colombia con capital colombo-venezolano. El celo entonces era brutal, y me tiraron las puertas en las narices porque me dijeron que eso era imposible, ya que ese país es rival. Pensé en que si nosotros comprábamos cebada de otros países, por qué no la hacíamos producir en los terrenos de Colombia, donde se da fácilmente y podríamos producir la cerveza venezolana con cebada colombiana para ambos países.

Me detengo en este recuento, ya que si les hablo todo lo que se me ocurría en aquel entonces los tendría toda la noche. Pero me vino a la mano el término de la integración, que desde entonces me fascina, como el cauce natural por donde debían discurrir nuestras comunes ilusiones y esfuerzos. En ese tiempo lo único que logré hacer en Colombia, fue replegarme, porque no había el suficiente espacio para tomar la idea de la integración.

El Doctor Carlos Lleras Restrepo, todavía no candidato oficial, pero ciertamente futuro presidente por el pacto del Frente Nacional, fue tan paciente que me escuchó cinco horas. En presencia de Ramón J. Velásquez empecé a contarle al Dr. Carlos Lleras Restrepo, con un enorme fervor, toda aquella cantidad de cosas que se me

venían a la cabeza y que me tenían atropellado el corazón.

Cuando salimos del almuerzo, noté que él tenía el mismo nivel de entusiasmo. Entonces me dijo, "voy a hablar con Alberto". Yo no sabía que Alberto era su primo eminente, y en la noche me llamó para decirme que había hablado con Alberto y que estaba de acuerdo con la idea, sólo consideraba hacer una modificación.

Se trataba de que el Doctor Lleras Restrepo saliera a visitar los otros cinco países para vender la idea de la integración. La corrección que hizo el Presidente Lleras Camargo era que esta visita la hiciera como Presidente Electo. Como Presidente Electo lo trajimos a Caracas con parte de su gabinete y tuvimos en La Casona la primera y emocionante experiencia de dos gabinetes reunidos, cosa que nunca había ocurrido. Esa fue una noche realmente trascendental y ahí convinimos en que el 14 de agosto, siete días después de la asunción a la Presidencia del Doctor Lleras Restrepo, tendríamos en Bogotá una reunión para iniciar el camino de la integración.

El 14 de agosto es una de las fechas más hermosas de mi vida, porque asistí a la manifestación más compacta, más entusiasta, más fervorosa que he visto. En la Plaza de Bolívar de Bogotá, hasta el tope, como en la famosa concentración por la paz que hizo Jorge Eliecer Gaitán, hablaron los Presidentes y ahí se firmó la Carta de Bogotá, que es el comienzo de esta integración y que hoy estamos disfrutando.

Ocurrió que cuando fui candidato presidencial, por ese "delito" de impulsar la integración me quisieron crucificar y sacrificar aquí. Me consideraban responsable de haber entregado las llaves de mi país al

extranjero. En todos los foros a los que asistía para entregar mis ideas programáticas, con el propósito de llegar al poder, saltaba siempre: "Pero usted nos entregó a Colombia"... "pero usted habló de la integración"... "usted no se da cuenta de que le entrega el mercado a una mano de obra barata, casi gratuita"... Pasé mucho tiempo en una especie de ostracismo político. No creo, por supuesto, que hubiese perdido las elecciones por eso, las perdí porque las elecciones se pierden en las mesas y no en las urnas.

En ese entonces era yo el único padre que tenía el Grupo Andino, El fracaso nace huérfano, pero cuando este proceso se consolidó, infinidad de padres le surgieron. No tengo el menor sentimiento por eso; por el contrario, estoy feliz de que todos quieran aparecer como padres de una criatura así. A los políticos lo que nos interesa es imaginar las cosas, poner el marco para que ocurran, aplaudirlas y seguir las desde lejos, aunque el nombre de uno se borre y desaparezca. La historia, que es una de las bellas artes, es también exacta y nadie puede mover sus piezas, ni alterar sus hechos, pues como San Agustín decía "...lo que es, no puede ser que no sea".

Después de eso me ha tocado, por muchos años, dar clases en posgrados de Ciencias Políticas y casi todos los cursos son sobre integración. Le he seguido el curso, ya por una deformación profesional, a los cinco proyectos de integración que hay en América y, por supuesto, veo con inmenso placer que el coloso del norte, a quien le imputábamos una acción negativa sobre la integración para disculpar nuestra inercia y nuestra incuria, es ahora el que nos convoca a la integración. En consecuencia, la integración es simple y llanamente la civilización

de este tiempo.

Sabíamos, cuando pensábamos en el Pacto Andino, que lo que buscábamos era simplemente impulsar a la ALALC. Pecamos de ilusos porque eran mucho seis países y nos quedamos en dos. De modo que lo que llamábamos entonces integración fronteriza, que era complementación de recursos para utilizar un mercado de los dos países sumados, se convirtió en esto que ustedes representan y que es el más importante, acelerado y promisorio de todos los ensayos de integración que de Alaska a la Patagonia existen.

El mayor problema que tenemos es el de los transportes, que congelan carreteras antiguas. He conversado con el Ministro de Transporte y Comunicaciones sobre la construcción, cuando antes, por Colombia y Venezuela de la carretera entre El Nula y Villavicencio, para eludir todas las montañas y por el pie de monte tener una vía de tránsito rápido que acerque a las dos capitales.

Esa carretera, por supuesto, va a estar construida en un 95% en territorio colombiano, pero Venezuela tiene maquinaria en buena cantidad para ofrecerle a Colombia, con el fin de que se construya cuanto antes y descongestionemos las vías del Táchira y de los Santanderes, que son las más montañosas.

Para nosotros las relaciones con Colombia son la prioridad uno A (1A). El Presidente Rafael Caldera no es diferente de ningún Presidente de Venezuela y este gobierno no va a ser diferente de ningún gobierno de los que han llevado al máximo nivel las relaciones binacionales. Este es un mandato de la historia y creo que si nos propusiéramos atajarlo, nos arrastraría la historia y pasaría por

encima de nosotros. Venezuela y Colombia son mucho más que la suma de sus apariencias. La gravitación de nuestra historia es poderosa; es la epopeya bolivariana que no tiene igual en todo el hemisferio como la mayor demostración de abnegación, desprendimiento y sacrificio; es el mayor ejemplo de altruismo; es la causa más generosa que ha ocurrido en el hemisferio, y, naturalmente, es la demostración de una pasión de libertad que nunca se extinguió; y la libertad es la mayor energía de la historia.

Esa pasión de libertad es la que nos ha permitido ser lo que somos, aun cuando tengamos dictaduras, porque nadie atentó en nuestros países contra la libertad esencial de la vida. Son los totalitarismos los que regentan la vida de la gente. Las dictaduras que padecemos, afortunadamente se limitaron a perseguir a quienes las querían derrocar, pero no se metieron con la vida día a día de las gentes y no les dijeron dónde debían vivir, dónde debían viajar, cómo debían educar a sus hijos y qué libros debían leer. La libertad entre nosotros es un producto silvestre y somos países, por fortuna, insumisos. Por Colombia y Venezuela pasan los meridianos de todo el hemisferio. Con nosotros se puede hacer todo, sin Colombia y Venezuela es impensable el destino de América.

Cuando analizábamos la integración de Europa, los políticos éramos mal vistos por estas ideas que proponían la integración. Resulta que ahora los empresarios están engolosinados con la integración y no se acuerdan de los políticos. Gracias a Dios, de eso se trata. Todo nuestro empeño es para ponerlos a ustedes a conocerse, a borrar los prejuicios, a acabar con las reservas y a demostrar que de allá y de acá todos somos bípedos implumes,

transidos de la misma angustia, víctimas del mismo aislamiento y de los mismos fantasmas que nos crearon los eternos sembradores de recelos.

Cuando yo presidía la Cámara de Comercio e Integración Colombo-Venezolana, en su Capítulo de Venezuela, teníamos siete miembros, cuatro pagaban y tres se excusaban. De los cuatro miembros que pagaban, uno lo hacía porque era muy amigo mío y le daba vergüenza conmigo. Cuando asistí, hace dos años, al Banco Mercantil por una invitación de la Cámara y decía el Presidente de la misma que necesitábamos un dinero para promoción, entonces un banquero dijo: “¿Y de cuánto se trataría?” El Presidente de la Cámara contestó: “Un medio millón”; y el banquero comentó: “Eso no es nada, eso lo aporta mi Banco”. En ese momento me di cuenta de todo lo que había ocurrido desde el tiempo en que dejé la presidencia.

Quiero rectificar que el Gobierno de Venezuela está orgulloso de lo que ocurre y al ofrecer en su nombre todo el respaldo que el esfuerzo requiera, quiero decirles en lo personal que algún mérito se puede alegar en este momento. Creo que el mérito es el mismo que tuvieron los pastores que adoraron al niño antes de que una estrella indicara a los reyes magos que aquél niño era el prodigio. Los reyes llegaron ya convencidos de quién era, mas los pastores creyeron a pie juntillas cuando ningún signo fabuloso los impelía a la adoración. Pienso que a los que trabajamos inicialmente, cuando teníamos vigor y fervor parejos, nos toca la satisfacción de decir, corazón adentro, “esto tiene unas cuantas noches de sueño más, aquí estuve con una idea en la que nadie entonces creía”. Así, pues, los estímulo a ustedes a que sigan por encima de

todas las dificultades. Las dificultades no son hoy de ustedes, ni son las de antaño. Las dificultades nos las crean unos medios de comunicación, empujados en hacernos caóticos, en torcer los hechos buenos y en resaltar solamente lo anormal. A eso tenemos que salirle al paso. Colombia y Venezuela tienen problemas, nos pisamos los callos, pero ésas son cosas de vecindad. Eso no nos pasa con Finlandia.

Tenemos que superar todo ésto y ser voceros de la verdad. Venezuela no está quebrada. Venezuela no está en crisis. Lo que estaba en crisis en Venezuela era la ética de la vida y del gobierno. Eso se acabó y Venezuela tendrá dificultades de caja, pero no tiene dificultades económicas. Tenemos una sucesión de recursos. Estamos todavía en el petróleo, y para que se salga del mercado el petróleo falta rato. No hemos entrado al mercado internacional con el gas y tenemos acero y tenemos aluminio y viene por ahí el oro. De modo que qué cuento es ése de que Venezuela está mal y que tenemos crisis económica.

Recuerdo mucho al oír ésto, que cuando yo estudiaba en Italia, todo el

mundo, en todo el tiempo, hablaba de que Italia estaba en crisis, la crisis de Italia. No he visto a nadie mejor comido, mejor vestido y más viajado que los italianos. De modo que si así es la crisis, bendigámosla y procuremos que tengamos siempre esa alerta que la crisis significa y que podamos repetir en Venezuela la multiplicidad de mínimos, pequeñas u medianas industrias en la que son maestros los italianos, tanto como los colombianos.

La verdadera riqueza puede estar en las grandes industrias, pero aquello de “lo bello es pequeño”, de Schumacher, es una realidad. La mini-industria, la inversión de un país en el otro, es el secreto de la prosperidad de dos países como los nuestros que se complementan y ahora se han descubierto, conocido y se aman, porque el principio del amor, como dijo Dante, es el conocimiento.

En nombre del señor Presidente de la República aplaudo los esfuerzos de ustedes, celebro muy cordial y oficialmente el resultado de estos encuentros y declaro clausurada esta extraordinaria reunión.

Muchas gracias.